

## EL ÚLTIMO DÍA

"Dos niños de apenas cinco años y uniformados con babis, similares a los que llevaban los huérfanos del hospicio de San Agustín, caminaban cogidos de la mano por un largo pasillo. Avanzaban muy despacio, asustados por la risa agresiva de muchos hombres viejos de aspecto deforme que iban encontrando a su paso. Más que hombres parecían fantasmas, puesto que sus cuerpos se desvanecían cuando los niños los atravesaban, pero quedaban sus alaridos, y éstos eran mucho más espantosos que su figura. Al final del siniestro corredor se encontraron frente a una inmensa puerta de hierro muy oscura que estaba entornada. Al empujarla encontraron gran resistencia, y cuando consiguieron abrirla, oyeron el intenso chirrido de los goznes que delataban el escaso tránsito que soportaba. Tras la puerta se extendía una habitación enorme y sombría, llena de telarañas y trastos viejos que recordaban un pasado muy lejano y olvidado. En el centro de la estancia se encendió una bombilla y pudieron contemplar, aterrados, a un hombre de baja estatura, uniformado de antiguo general, subido a un inmenso caballo de mármol. El general sonreía bajo su diminuto bigote y con la mano les indicó que se acercaran. Cuando estuvieron frente al desfasado militar, éste sacó un sable de la funda que llevaba en su cintura, y en actitud amenazante miró un gran reloj con carillón que estaba apunto de dar las tres. El hombre, con una voz ronca que parecía de otro mundo, comenzó la cuenta atrás: «Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero.» Después de un breve silencio se volvió hacia ellos y gritó: «¡Pérez y García estáis muertos!»

Guillermo, desde que un sobresalto lleno de angustia le había despertado a una hora muy temprana, no había conseguido quitarse esa pesadilla de la cabeza. Esos niños con cara de viejos, que tanto se parecían a Pepe y a él, y ese extraño militar que gritaba sus apellidos, y que le recordaba al señor Moraleda, eran una incómoda compañía matinal. Llevaba mucho tiempo sin acordarse de sus sueños y, aunque había leído que en ocasiones podían tener un significado, no se explicaba que podía tener en común ese sueño con su vida, ni por qué extraña coincidencia lo había tenido el día de su jubilación.

Cuando bajó del autobús que le llevaba todos los días a su lugar de trabajo, se abrochó su vieja gabardina gris y se subió el cuello para prevenir un catarro, debido a que hacía más frío de lo habitual en aquella época del año. Tras caminar cabizbajo hasta el paso de peatones y cruzar la calle con pasos fatigados, se quedó parado frente al edificio donde había prestado sus servicios laborales durante muchos años, tantos que le era difícil recordar

alguna actividad de su vida que no estuviera relacionada con el Registro de la Propiedad.

Contempló detenidamente las diminutas ventanas de ese viejo y sombrío inmueble. Ese búnker gris cada día se parecía más a un mausoleo, pero en él estaba guardada su memoria y gran parte de su vida, si es que alguna vez la había tenido.

Aquel día de octubre, tan próximo al día de los difuntos, iba a completar su última jornada de trabajo en la administración pública. Guillermo, aparte del molesto sueño que daba sus últimos coletazos en su recuerdo, no sentía ninguna emoción especial, o al menos fue incapaz de reconocerla: no sabía si estaba triste o alegre, ilusionado o deprimido, tan sólo tenía la certeza de que ya no volvería a trabajar más en esa oficina, y eso significaba la ruptura de la inquebrantable rutina sobre la que había construido su vida. Hacía cuarenta y dos años, nueve meses y dieciséis días que había entrado allí por primera vez.

Solamente aquella breve parada, para contemplar lo que un día consideró su hogar, y una bolsa, que guardaba varias botellas de cava, daban a entender lo excepcional de la fecha. Durante el escaso tiempo que mantuvo fija la mirada en el edificio no consiguió recordar ningún motivo por el que sentirse orgulloso de haber pertenecido a esa institución, ni tan siquiera una anécdota que pudiera darle sentido a su jubilación, que para entonces ya creía más cercana a una condena que a un premio en recompensa por el deber cumplido. Pensó que esa era la sucia jugada que le había preparado su destino.

Tras recobrar el ánimo para enfrentarse a su última jornada laboral, se encaminó con aire decidido hacia las escaleras de entrada, procurando no llamar demasiado la atención, nunca lo había hecho.

Pepe, que no se había visto sorprendido por ningún sueño traicionero, se levantó a la hora habitual, un minuto antes de que sonara su viejo despertador de campanilla. Tras tantos años de repetir la misma costumbre, su cerebro era más preciso que cualquier reloj. Se vistió con cierta parsimonia y después de tomar un café, preparado la noche anterior y recalentado en microondas, salió de su casa dispuesto a coger el metro que le dejaría veinte minutos más tarde a escasa distancia de la oficina del Registro.

Pepe también se jubilaba ese día y su semblante tampoco reflejaba la alegría del deber cumplido; todo lo contrario, tenía la sensación de haber sido castigado por el grave delito de la edad. Todavía se consideraba útil para continuar trabajando, pero su carnet de identidad reflejaba que era demasiado viejo, y eso en la sociedad moderna no se perdonaba. Había pasado muchos años desempeñando la misma función, y la idea de un

cambio en su rutina diaria le producía temor; se trataba de un miedo muy profundo y lejano, asociado a todo lo nuevo y desconocido, que podía romper el frágil equilibrio sobre el que había edificado su vida.

Pepe y Guillermo eran de la misma promoción, se incorporaron a la administración pública un doce de enero de mil novecientos cincuenta y dos. Desde entonces nunca se habían separado y desarrollaron sus carreras de forma paralela: primero como aprendices, luego de conserjes, pasando posteriormente a ser administrativos de segunda, y como colofón, alcanzar el alto rango de administrativos de primera con el que iban a poner el cierre a su extensa carrera burocrática. A Pepe aún le quedaban tres meses para la edad máxima de jubilación, pero pensaba que no le podía hacer esa faena a su amigo, y adelantó la suya para poder marcharse juntos. Probablemente hubiera muchos compañeros con un historial más brillante que el suyo, pero tenían la certeza de haber cumplido con su deber dignamente, nadie podría hablar mal de ellos, aunque eso no les servía para prorrogar su vida laboral.

Pepe llevaba en sus manos una bandeja cuidadosamente envuelta que contenía un variado surtido de pasteles y bollería. Su intención era ofrecer un simbólico brindis de despedida a todos los compañeros con los que habían trabajado durante los últimos años, esos colegas a los que habían visto a diario, con los que habían compartido café, muchas horas de trabajo y algunas tertulias; y a los que, sin embargo, no les unía ningún lazo afectivo. Pasadas las tres de la tarde eran unos completos desconocidos y a nadie le preocupaba saber a que se dedicaban esos dos viejos fuera del horario de oficina.

Cuando Guillermo llegó a la puerta del despacho, tras caminar por un largo y estrecho pasillo –muy parecido al de su sueño–, se encontró con el ambiente habitual que presidía la oficina todos los lunes. Un grupo de compañeros repasaba la jornada futbolística dominical, el principal tema de conversación en cualquier departamento de la administración o de cualquier otro lugar donde se reunieran dos o más hombres. Era lo único que no había cambiado en más de cuarenta años; en el país se habían producido importantísimas modificaciones de orden político, económico y social, pero el fútbol era algo que estaba muy por encima de todo cambio. Esta tertulia siempre se desarrollaba junto a la mesa de Pedro, el encargado de llevar el periódico deportivo, además de ser el más veterano de la sección, por lo que sus opiniones siempre tenían un mayor peso cuando se producía una discusión. Guillermo y Pepe estaban fuera de la clasificación, sus compañeros consideraban que pertenecían a otra época y entraban en la categoría de viejos que ya no tenían nada importante que aportar. Su tiempo había pasado y no supieron adaptarse a la evolución.

–Desde luego no hay derecho, otro año que nos quieren robar la liga – dijo Pedro, un hombre de baja estatura pero de una considerable anchura que el intenso deporte televisivo no conseguía rebajar–. ¡Vaya penalti que se tragó el árbitro! Es la cuarta vez que nos pasa esta temporada.

–Yo creo que la culpa es del entrenador, no tiene ni idea y deja que sea el presidente el que haga las alineaciones –razonó Jesús, un señor moderado en su trabajo que reservaba sus instintos asesinos para los árbitros y demás miembros del estamento futbolístico que no cumplían con sus obligaciones. Pensaba que cualquier hombre que realizaba su cometido correctamente tenía derecho a insultar a aquellos que no lo hacían.

–Poner todas las excusas que queráis, pero este año la liga será nuestra –apostilló Ángel, el más joven del grupo, a quien los últimos resultados de su equipo le conferían un aire de superioridad, después de varios años de ostracismo deportivo.

–¡Qué! ¿Ya estáis hablando de sexo como todos los lunes? –replicó Pilar, la única mujer que trabajaba en ese despacho y que, debido a las continuas tertulias de sus compañeros, había desarrollado un odio sistemático ante todo lo relacionado con la ciencia futbolística.

Cuando ella entró a trabajar en ese departamento, le comentó a una amiga que iba a ser la única mujer entre varios hombres. Su amiga, muy preocupada, le advirtió sobre los peligros que corría toda mujer que desarrollaba su trabajo rodeada de machos. Consideraba que al estar soltera su posición sería más delicada, ya que nunca estaría libre del continuo acoso masculino. Decía que los hombres, al ser muy primitivos, solían actuar en manada y ejercían una presión muy difícil de soportar por una mujer solitaria. Pilar nunca imaginó que ese grave acoso sexual pregonado por su amiga sería futbolístico.

–Buenos días a todos –dijo tímidamente Guillermo.

Él siempre se sintió acomplejado por no poder alternar en sus intensos debates con sus eruditos compañeros. Durante muchos años hizo ímprobos esfuerzos por conseguirlo, pero nunca comprendió que unos hombres mayores de edad corrieran en ropa interior detrás de un balón, llegando incluso a agredirse entre ellos por tener el dudoso privilegio de ser el primero en darle una patada. Pero todavía entendía menos que el resto de los hombres se pasara la vida sufriendo por los resultados y juzgando, a veces como dioses y en la mayoría de las ocasiones como villanos, a los que pateaban al balón. En una ocasión, ante una acalorada discusión de sus compañeros, sugirió que cada jugador debería tener una pelota, con lo que se evitaría que unos quisieran robársela a los otros. Esta acertada sugerencia fue recibida con enorme frialdad y desprecio, consideraban que se trataba de una opinión estúpida. Guillermo jamás volvió a hacer comentarios sobre el apasionante, pero tremendamente monótono, mundo del balón.

Esa mañana sus compañeros se concedieron una tregua en la discusión y se volvieron hacia Guillermo con una extraña actitud afectuosa que le hizo sentir cierta incomodidad.

–Hoy estarás contento, tu último día de trabajo en esta maldita oficina – proclamó Ángel, quien últimamente estaba detrás de un traslado que le supondría un considerable aumento de sueldo, pero al que reiteradamente se negaban sus superiores alegando necesidades del servicio.

–¡Qué envidia me das! Ahora a la buena vida, a disfrutar todo el día sin tener que dar golpe –intervino Jesús, dejando patente que ese era el gran sueño de su vida, el cual renovaba diariamente participando en todos los juegos de azar imaginables, así siempre tenía motivos para soñar que al día siguiente podría ser millonario. Tenía planeado, para cuando se presentara la gran ocasión, llegar al trabajo en un lujoso coche conducido por una llamativa rubia con indumentaria mínima. Después pasearía tranquilamente por todos los departamentos, burlándose de sus jefes y dándole propinas a sus compañeros para demostrar que a partir de ese momento él era más importante que todos ellos.

Pepe entró en el despacho cabizbajo, sin levantar el tono de voz al saludar para no interrumpir la conversación, y se dirigió hacia su escritorio con la intención de liberarse de la pesada bandeja. El único privilegio que se había concedido Pepe durante todos esos años era el de llegar unos minutos tarde todos los días, sin duda para mostrar un sentimiento de rebeldía que no había tenido en su juventud. En una sociedad en la que hacer trampas al estado era un motivo de orgullo y no hacerlas un signo de debilidad, su trampa consistía en esos diez minutos que le robaba a su trabajo todos los días. Aunque parecían una trivialidad, suponían más de mil seiscientas horas a lo largo de su vida, el equivalente a doscientos días de trabajo. Ese era su particular triunfo sobre la administración, aunque a veces se sentía acomplejado por su felonía. Pepe no sabía que su importante conquista, conseguida a lo largo de cuarenta y dos años, era muy inferior a las que habían obtenido la mayoría de los funcionarios en mucho menos tiempo y sin tener ningún sentimiento de culpa.

Pedro, como compañero de más antigüedad, se vio en la obligación moral de pronunciar unas palabras en honor de esos dos hombres, de los que ya no estaban seguros si formaban parte del funcionariado o del antiguo mobiliario de la oficina; siempre habían permanecido allí, inalterables a los cambios, aunque muy desgastados por el paso del tiempo.

–Ya han llegado los dos grandes protagonistas, el dúo más famoso de la administración. Entraron juntos, han trabajado durante más de cuarenta años juntos, y por fin, se jubilan juntos. Es para nosotros un motivo de orgullo estar a vuestro lado en una fecha tan entrañable.

Tras esas palabras afectuosas sus compañeros les aplaudieron y ellos se ruborizaron.

–¿Todo en vuestra vida lo habéis hecho juntos? –preguntó Pilar, quien siempre se mostró sorprendida ante su aislamiento del grupo y la extraña complicidad que tenían entre ellos.

Guillermo y Pepe se miraron sin saber quién debía contestar, acaso porque tampoco sabían como responder, finalmente fue Guillermo el que tomó la palabra.

–Todo no lo hemos hecho juntos, pero siempre nos hemos llevado muy bien. Supongo que eso no es ningún pecado, ni tenemos por que arrepentirnos de ello.

–No siempre hemos estado de acuerdo en todo, pero hasta nuestras broncas, en la mayoría de las ocasiones, han sido muy correctas –aclaró Pepe, queriendo puntualizar que la amistad no significaba que no tuvieran criterios diferentes.

Durante tantos años sus desavenencias habían sido múltiples, mucho más numerosas que las coincidencias, pero el miedo de perder al único amigo que habían tenido siempre frenó sus hostilidades. La soledad era un fantasma que, lejos de superarse, crecía con el paso del tiempo, y sobre este temor se había fraguado su amistad.

–¿Qué tenéis pensado hacer ahora? –preguntó Ángel.

–Una pequeña fiesta para despedirnos de todos los compañeros, nos hubiera gustado traer más cosas, pero no quisimos alterar la jornada de trabajo –respondió Guillermo.

–Me refería a lo que haréis a partir de mañana, cuando ya no existan obligaciones que cumplir.

–Poco futuro nos queda. En nuestra vida no hemos hecho otra cosa que trabajar, pero ahora nos jubilan. Hubiéramos preferido seguir desarrollando nuestra labor, no somos tan viejos como para tener que renunciar –comentó Pepe, asumiendo que se trataba de una derrota.

–Supongo que tendréis algunas aficiones a las que dedicar el tiempo libre. Toda vuestra vida no la habréis dedicado sólo a este trabajo –dijo Pilar.

–Algo hay –respondió Guillermo–, siempre nos ha gustado ir a pescar los fines de semana y jugar una partida de ajedrez por las tardes. Por lo demás, no tenemos otras aficiones.

–Os vendría bien hacer algo nuevo –sugirió Pedro–, ahora dispondréis de mucho tiempo libre. La inactividad dicen que no es buena para la salud, aunque os confieso que a mí me gustaría pasarme la vida tumbado en una hamaca sin hacer nada.

–Ya se nos ocurrirá algo, todavía no hemos tenido tiempo de plantearlo con calma –contestó Pepe.

Esto no era del todo cierto, desde hacía muchos meses temían que llegará el fatídico día, pero ninguno se atrevía a hablar de ello en profundidad, no querían reconocer su debilidad ante el otro. Pepe pensaba

que al menos él tenía a su hijo y a la familia de éste, de alguna forma estaría mantenido, aunque le aterraba sentirse un sujeto pasivo; expresión que siempre había visto en los innumerables formularios que había rellenado y de la que nunca supo cual era su auténtico significado, pero sospechaba que tenía alguna relación con la inutilidad.

El caso de Guillermo era distinto, no tenía a nadie, siempre permaneció soltero. Cuando le preguntaban por qué no se había casado, respondía que era por una cuestión de independencia. Nunca supo si esa soltería se debía a que quería ser libre, o solamente utilizaba la palabra independencia para justificar una soledad no deseada. Hacía muchos años que había dejado de hacerse esa pregunta por temor a descubrir la respuesta. Guillermo le tenía pánico a la enfermedad, la posibilidad de quedarse incapacitado y tener que depender de alguien era algo que no podría superar, lo veía como una rendición incondicional, y pensaba que la jubilación suponía el primer paso para esa capitulación.

Después de la amistosa recepción, había llegado la hora de iniciar la jornada de trabajo. Guillermo alzó su voz, antes de que sus compañeros comenzaran a mirar, rellenar y clasificar innumerables papeles e impresos.

–En la hora del desayuno, si no tenéis nada mejor que hacer, nos gustaría invitar a todo el personal a tomar una copa y unos pasteles.

–Por supuesto que iremos, hoy es vuestro día y todos estamos a vuestra disposición –respondió Jesús.

Despedir a unos compañeros era una de las pocas actividades novedosas que se podían realizar durante el horario de trabajo, siempre lleno de pequeñas tareas rutinarias que desembocaban en un inmenso tedio.

La actividad laboral comenzó en el Registro de la Propiedad. Mientras sus compañeros se dirigieron a sus distintos puestos de trabajo, Pepe y Guillermo permanecieron hablando en la mesa del segundo. El último día laborable habían dejado resueltos todos los asuntos oficiales que tenían pendientes, pero aún les quedaban muchas cosas por hacer; sólo disponían de dos horas y no querían que su pequeña celebración fuera un desastre.

–¿Crees que lo tenemos todo? –preguntó Pepe.

–Yo he traído el cava y tú los dulces que era lo que habíamos hablado – le respondió con seguridad Guillermo.

–Pero no tenemos platos, copas, cubiertos ni servilletas con que servirlos –dijo Pepe muy preocupado.

–Es cierto, no sé como no me he dado cuenta. Si quieres yo me puedo acercar a la cafetería para pedirle a Manuel que nos deje lo que necesitamos, y tú, mientras tanto, puedes dirigirte a los otros departamentos para avisar a los jefes y demás compañeros.

–De acuerdo, hemos de darnos mucha prisa si queremos llegar a tiempo.

Tanto Guillermo como Pepe, con el paso del tiempo, habían desarrolla-

do cierta habilidad a la hora de tratar con los impresos y todo tipo de documentación oficial, a pesar de no haberse adaptado nunca a la era de los ordenadores, lo que había provocado el mayor desfase en relación con sus compañeros, pero se sentían desbordados cuando se trataba de organizar alguna actividad que no tuviera que ver con su trabajo.

Salieron apresuradamente de la oficina mientras sus compañeros les observaban con curiosidad. Pensaban como se plantearían ellos el día de su jubilación: desde luego lo harían de una forma muy diferente a como lo hacían aquellos dos viejos, quienes se habían propuesto el último día como una continuación de su trabajo rutinario y no sabían disfrutar de una fecha tan importante. La jubilación, desde la lejana distancia que otorgaba la juventud, se veía como la liberación soñada, la culminación de muchos años de esfuerzo, cobrar sin tener que ir a trabajar.

El señor Moraleda era el director en funciones de la Oficina del Registro de la Propiedad, el máximo responsable de aquella institución. Entre los empleados siempre se rumoreó que había llegado al más alto cargo por una serie de influencias familiares. Llevaba veinte años en la oficina, a la que se incorporó tras aprobar unas oposiciones de auxiliar administrativo, sin que se le apreciaran grandes cualidades para el puesto. A los dos años se casó con la hija de un alto cargo de la administración pública, demostrando ser más inteligente de lo que parecía, a la vez que un pésimo gusto. A partir de la boda comenzó una fulgurante ascensión de peldaños, sin saberse nunca cuantos de esos escalones los subió por méritos propios y cuantos por tan afortunado matrimonio. Al cargo de director en funciones había llegado hacía diez años y desde entonces su progresión se había estancado; unos decían que se había vuelto conformista, otros que su capacidad de trabajo no daba para más, y finalmente, los más suspicaces pensaban que la separación de su mujer, al descubrirse una aventura con su secretaria, había tenido mucho que ver en su inexplicable estancamiento administrativo.

Pepe, cada vez que se dirigía al despacho del señor Moraleda, se sentía atemorizado a pesar de conocerle desde que éste se incorporó y de haber compartido categoría durante un breve período de tiempo. A lo largo de su vida había sido muy respetuoso con el poder establecido y temía ser reprendido por algo que hubiera hecho mal; siempre habría algún motivo por el que culparle, un error que atribuirle, un pequeño detalle que bastaría para echar por tierra todo lo conseguido durante su larga trayectoria profesional.

Antes de llegar a la puerta se detuvo, acababa de recordar su primer gran fracaso: fue poco después de abandonar el seminario en el que sus padres le habían internado esperando que le llegara la vocación sacerdotal



—ésta nunca apareció a pesar de su arduo esfuerzo para encontrar el camino—. Tras el abandono de los hábitos se refugió en los uniformes e ingresó en las juventudes falangistas, que era una de las pocas instituciones decentes a las que se podía pertenecer en aquella época. Su máxima ilusión era portar la bandera durante un desfile para que su familia se sintiera orgullosa tras la decepción que se llevaron por su falta de vocación religiosa. El trabajo de cura estaba muy bien visto y hubiera situado muy bien a su familia, ya que estos nunca pasaban hambre y siempre estaban cerca de todo lo que significara poder.

El sueño de Pepe se hizo realidad poco tiempo después de ingresar en la juventudes. Un primero de abril, fecha conmemorativa de la gran victoria, portaba en un glorioso desfile la bandera de la falange con dignidad. Se sentía feliz al ver que la gente le miraba con respeto, al fin había conseguido ser alguien importante. Pero la ilusión no duró mucho, y se tornó en desgracia a la vuelta de una esquina. Nada más entrar en la Calle del Triunfo pisó la mierda de un perro y resbaló, con tan mala fortuna que la bandera cayó en un inmenso barrizal. El desfile se tuvo que suspender, era inadmisibile marchar tras una bandera cubierta por el fango. Las consecuencias de su negligencia no se hicieron esperar, y fue castigado salvajemente por sus superiores y compañeros, quienes le sometieron a todo tipo de vejaciones tanto de palabra como de obra. Pepe, muy avergonzado, pidió perdón y trató de enmendar su falta. Con el permiso de sus jefes se llevó la bandera para lavarla y devolverle su esplendor. Queriéndola dejar sin mácula, y sin pedirle consejo a su madre, sumergió la bandera en un barreño con agua muy caliente y lejía. A los pocos segundos, y ante su estupor, los colores rojo y negro, que componían las franjas de la bandera, rompieron sus fronteras y se fundieron en una gran mancha, para luego invadir conjuntamente el yugo y las flechas. Lo que no habían conseguido los árabes ni los franceses, lo había hecho él con un poco de lejía y sin frotar. Cuando sacó la bandera del agua, sólo quedaba un gran borrón gris con algunos salpicados rojos, blancos y negros; ese trapo manchado no se parecía en nada al símbolo glorificado. De nada le sirvieron las justificaciones, su expulsión de las juventudes falangistas fue inmediata, ante la vergüenza de sus padres, al ser considerada su falta como la más grave que se podía cometer contra el honor patrio. Desde entonces se hizo el firme propósito de pasar lo más desapercibido posible durante el resto de su vida. Ese era el origen del profundo miedo que tenía de relacionarse con sus superiores, temía que una nueva bandera llena de fango pudiera surgir en cualquier momento.

Llamó con discreción a la puerta del señor Moraleda, esperando que este le diera una respuesta negativa a su invitación. Seguramente el jefe se encontraría enormemente ocupado, como era propio de un cargo que acarrea tantas responsabilidades.

El señor Moraleda tras cerrar el periódico y quitar los pies de la mesa, actitud que había aprendido de las películas policíacas, hizo pasar a quien le importunaba a una hora tan temprana sin haberle dado la oportunidad de consultar el obituario del día anterior, del que llevaba un curioso registro estadístico en el que calculaba el tiempo que le quedaba para morir. Últimamente, con la aparición de nuevas enfermedades y el incremento de las muertes en accidentes de tráfico, se sentía alarmado. Según sus cálculos su esperanza de vida se había acortado en dos años, y eso le parecía enormemente injusto para alguien que, como él, siempre había conducido con prudencia y no había cometido grandes excesos con la bebida, ni con el tabaco, ni con las mujeres.

–Perdone que le moleste –dijo Pepe en actitud servil tras el intercambio de saludos–. Seguro que está usted muy ocupado, pero como hoy es el día en el que Guillermo y yo nos jubilamos, nos hemos tomado la libertad de invitar a nuestros jefes y compañeros durante la hora del desayuno. Sería un gran honor para nosotros que usted pudiera asistir.

–No faltaría más, hoy es un día muy importante en esta oficina, ustedes han sido unas personas claves para el funcionamiento de esta casa durante muchos años. Todos los que aquí trabajamos estamos a su completa disposición –dijo el señor Moraleda en un tono grandilocuente, aunque había olvidado la importancia de la fecha.

–Muchas gracias señor Moraleda, es usted muy amable con nosotros. Le esperamos a partir de las once en la sección de archivos. No le entretengo más.

–Allí estaré, pero no se vaya todavía, espere un momento.

El señor Moraleda, dando muestras de aprecio por sus subordinados, cogió un par de puros de una tabaquera de caoba y se los entregó a Pepe.

–Es una vieja costumbre de los indios fumar la pipa de la paz. Yo no tengo pipa, pero sí tengo estos estupendos habanos. Quiero que se los fumen para celebrar la paz que han traído a esta oficina durante tantos años –dijo, sintiéndose orgulloso de unas palabras que habría ensayado anteriormente para utilizar en otras circunstancias más adecuadas para su lucimiento.

Pepe muy emocionado por el detalle, nada habitual en su jefe, le hizo un torpe intento de reverencia y salió del despacho guardando los puros en un bolsillo. Estaba satisfecho por haber salido airoso de su última visita oficial.

Guillermo entró en la pequeña cafetería de la oficina. Ésta llevaba menos de un año funcionando, se había abierto para evitar que los empleados se pasaran gran parte del horario laboral en los bares que rodeaban el edificio y en los que se perdían infinidad de horas de trabajo.

Manuel era el encargado de la cafetería, tenía cuarenta años y desde los dieciocho trabajaba de camarero. Había solicitado el puesto al cerrar la cafetería donde trabajaba anteriormente, y buscaba la tranquilidad que suponía un trabajo con horarios fijos, sueldos garantizados y la posibilidad de librar los fines de semana.

Manuel se encontraba preparando las tazas para el desayuno, mientras trabajaba tarareaba una canción de moda que Guillermo no pudo reconocer porque desde hacía mucho tiempo se consideraba fuera de cualquier moda.

Guillermo se acercó a Manuel, que aún no le había visto, y se sintió atemorizado por el hecho de tener que pedir un favor. Nunca le había gustado pedir ayuda porque eso le obligaba a sentirse en deuda, y se avergonzaba de pensar que le podía deber algo a alguien.

Manuel se sorprendió al verle llegar a una hora nada habitual.

–Buenos días señor García, muy pronto viene esta mañana.

–Buenos días Manuel, pareces contento.

–Es una de las pocas cosas que no cuestan dinero, así que tengo que aprovecharme. ¿Qué le pongo?

–No quiero tomar nada –Guillermo se ruborizó–. Quería pedirte un favor.

–Mientras no se trate de dinero o de mujeres se podrá solucionar; dinero porque no tengo y mujeres porque ya me gustaría saber como se consiguen, vamos que si usted lo sabe ya está tardando en decírmelo.

–Me temo que de eso yo tampoco entiendo lo suficiente. Me parece que lo que necesito es bastante más sencillo.

–Usted dirá.

–Hoy nos jubilamos Pepe y yo, bueno, en realidad nos jubilan, y para celebrarlo queremos invitar a todos los compañeros a tomar una copa y unos pasteles, pero acabamos de darnos cuenta de que no tenemos vasos, cubiertos ni servilletas para celebrar el acto.

–Por eso no se preocupe, han ido a dar con la persona indicada, el rey de la bandeja, yo me encargo de solucionarlo. En cuanto termine de preparar el desayuno, les llevaré todo aquello que puedan necesitar.

–No sabes cuanto te lo agradezco.

–Faltaría más, ustedes se merecen eso y mucho más. Creo que les voy a echar de menos cuando se vayan.

Manuel sentía un especial afecto por ellos, eran de los pocos clientes que le hablaban de forma respetuosa, nunca le pedían nada a gritos, y siempre se interesaban por él, sin verlo como un simple camarero. Manuel, después de los primeros meses de relajado trabajo burocrático, estaba decepcionado con ese puesto. A él le gustaba el contacto con la gente de la calle, y no disfrutaba siendo un camarero funcionario que tenía que atender a los cargos antes que a las personas. Ese simulacro de cafetería no era el lugar ideal para pasar mucho tiempo, al menos le quedaba la esperanza de

montar su propio negocio en un plazo muy corto.

–Me marchó, no te entretengo más –dijo Guillermo, siempre pensaba que el resto de las personas estaban muy ocupadas, y no podían dedicarle su tiempo.

–Quédese a tomar un café conmigo, es mi hora de desayunar y casi siempre lo hago solo. No hay mucha gente que quiera desayunar con un camarero, y menos aquí dentro.

Guillermo se sintió halagado ante el ofrecimiento de Manuel, aunque era consciente de hacer algo incorrecto, estaba prohibido permanecer en la cafetería durante el horario de trabajo.

Manuel se mostró muy interesado en conocer algunas anécdotas que le hubieran ocurrido en sus muchos años de trabajo. Guillermo quiso complacerle recordando su primer encuentro con Pepe.

Se conocieron el día de su incorporación al Registro. Los dos entraron de aprendices y su principal misión consistía en hacer los recados que les mandaban sus superiores. Ellos habían llegado por distinto camino, en el caso de Guillermo después de terminar el servicio militar, mientras Pepe se vio liberado del ejército al haber muerto su padre unos años antes; como era hijo de un mutilado de guerra del bando correcto, tenía prioridad para acceder a un puesto de trabajo en la administración, y le llamaron a los pocos meses de presentar una instancia. El camino de Guillermo fue bastante más complicado. Era huérfano de guerra, pero del lado equivocado, por lo que su acceso a un trabajo público era muy difícil, y si no hubiera hecho la mili completamente imposible, así que hubo de marcharse voluntario al servicio militar. Por fortuna un tío lejano de su madre fue nombrado obispo –en aquel momento la relación Iglesia-Estado pasaba por un excelente momento–, por lo que no resultó excesivamente complicado que a su padre lo cambiaran de bando en la lista de las víctimas, al fin y al cabo se trataba de un muerto de guerra. «Que importaba a que bando se le asignara, la mayoría de los muertos de una guerra no saben de que lado están,» argumentó brillantemente el obispo ante su amigo, el secretario provincial del movimiento. Guillermo además contaba con amplios conocimientos de mecanografía, muy valorados en cualquier departamento de la administración, y finalmente pudo acceder al puesto tras superar unas pruebas.

El primer día fue aciago para ellos, el nuevo director de la oficina también se incorporaba a su destino, y su primera misión consistió en descargar un camión con todo el mobiliario necesario para el despacho del director, el ilustrísimo señor don Mariano Poveda. Éste no sólo llegó provisto de nuevas y brillantes ideas que dinamizarían el Registro, sino que además apareció con un amplio surtido de muebles y objetos personales para hacer más agradable su estancia. Destacaba sobre todo un retrato al óleo, de tamaño muy superior al natural, de su excelencia el caudillo

montado sobre un brioso corcel blanco. Les costó un trabajo descomunal poder transportar la obra de arte hasta el despacho, y en un par de ocasiones estuvieron a punto de desmontar de la cabalgadura al generalísimo, pero terminaron con éxito su misión y por fin supieron lo que significaba tener el poder, y su caballo, en sus débiles manos. Cuando ya estaban a punto de terminar con la mudanza, les correspondió cargar con un arcón de madera de no excesivo peso, pero de difícil sujeción; desgraciadamente Pepe tropezó en un escalón y el arca se cayó, vaciando su contenido en el rellano de la escalera, al menos tuvieron la inmensa fortuna de que nadie les viera. Comprobaron que entre otras cosas contenía la apreciada radio del director general, que la había hecho trasladar a su despacho para escuchar las noticias que daba el parte y estar al tanto de lo que ocurría en un mundo que, para él, abarcaba desde los Pirineos hasta Canarias, pasando naturalmente por Ceuta y Melilla, aunque lamentablemente ese mundo contaba con un molesto lunar, en forma de colonia, que la pérfida Albión tenía en el suelo patrio.

Ante las nefastas repercusiones que pudiera tener el accidente y la necesidad de mantenerse protegidos de un posible despido, que podría haber sido inminente de conocerse su negligencia, realizaron un pacto de silencio mientras llevaban el arcón al despacho. Cuando don Mariano, encolerizado, trató de averiguar por qué su radio no funcionaba, ellos en su legítima defensa argumentaron: «Ya se sabe, los modernos artilugios con el vaivén de los viejos camiones terminan por descacharrarse.» Esa explicación, aunque no convenció al director, les permitió salir ilesos de su primer día de trabajo y contando con una nueva amistad que no se perdería en el resto de su vida, y en la que no se vieron obligados a renovar su alianza, puesto que fueron enormemente responsables en todas las tareas encomendadas por sus superiores.

Al dar las once llegó la hora de la despedida, en la sala se fueron reuniendo todos los compañeros que trabajaban en el edificio y que no tenían que atender al público, su invitación había tenido un gran éxito. Los funcionarios, durante el horario de trabajo, eran muy propensos a celebrar todo tipo de homenajes; esta asistencia no siempre se debía a un interés especial por las personas agasajadas, en la mayoría de las ocasiones era debida a la necesidad de festejar algo que modificara la insoportable rutina. En el fondo no había grandes diferencias entre un homenaje y la celebración de un funeral, los principios que los regían eran muy similares, ya que siempre implicaban una despedida, aunque había que afrontarlos con diferente estado de ánimo.

Manuel había aparecido en el momento oportuno y no solamente llevó cubiertos y servilletas, sino varias botellas más de cava que permitieron

llenar las copas de todos los asistentes, lo que evitó que los anfitriones fueran considerados unos tacaños por no lograr saciar la sed de sus compañeros.

Pepe y Guillermo estaban sorprendidos, nunca pensaron que pudiera haber tanta gente interesada en sus vidas. Se esforzaron tratando de atender los requerimientos de todos sus compañeros, muy interesados en felicitarles personalmente con grandes abrazos para magnificar su afecto. Finalmente, y aprovechando un momento de silencio, el señor Moraleda tomó la palabra como máximo dirigente del Registro de la Propiedad.

—Esta oficina vive un día muy especial para todos los que aquí trabajamos. Dos hombres que han sido estandarte de esta institución se jubilan con todos los honores. Vivimos en una sociedad donde el sentido de la fidelidad se ha perdido, en la que sólo interesan los bienes materiales. Sin embargo estos hombres, dando un gran ejemplo a toda la comunidad, han sido fieles a su trabajo durante su extensa carrera profesional, y en esta institución han dejado una señal indeleble que no se podrá borrar a lo largo de los años. Supone un gran orgullo para mí dirigirme a esta gran familia en un día tan señalado, está claro que la vida en esta oficina no será igual sin ustedes. Guillermo y Pepe, o Pepe y Guillermo, gracias en nombre de todos por vuestro trabajo y por los grandes momentos que nos habéis hecho pasar durante estos años.

Al escuchar estas palabras se miraron extrañados, estaban tratando de recordar alguno de esos momentos de disfrute colectivo que ellos hubieran provocado, sin encontrar nada que se pudiera calificar como tal. Quizás lo más próximo ocurrió el año que fueron los encargados de comprar la lotería de Navidad para toda la oficina. Los billetes que eligieron se quedaron a dos números del gordo, estuvieron muy cerca de provocar un gran momento de disfrute colectivo, pero se convirtió en un sentimiento de decepción masiva. Aquel año no fueron las personas que consiguieron un pequeño premio para todos sus compañeros, sino los desgraciados que evitaron la fortuna de los funcionarios del Registro. Durante mucho tiempo desearon que aquél número no se hubiera parecido en nada al gordo, ya que sólo les sirvió para ser conocidos como los portadores de un gafe colectivo.

Tras las palabras del jefe, los vítores aclamando a Pepe y Guillermo se sucedieron y la emoción les embargaba, pero el sentimiento de fondo se mantenía: la sensación de estar siendo despedidos, en un momento que no habían elegido, era imborrable. Sus compañeros les miraban como a aquellos corredores que tras realizar un duro esfuerzo han conseguido llegar a la meta, mientras ellos sentían que eran descalificados a mitad del recorrido sin tener la oportunidad de demostrar su capacidad.

La insistencia de sus colegas para que hablaran en público provocó que Guillermo, después de mirar a Pepe buscando su aprobación, se dirigiera a los concurrentes.

–Os damos las gracias a todos por acompañarnos en nuestro último día. Han sido más de cuarenta años trabajando en esta oficina, más de media vida la que hemos pasado aquí, y no será fácil acostumbrarse a no tener que llegar todos los días a las nueve. Gracias de nuevo y os aseguro que nunca os olvidaremos.

Pepe, alentado por los aplausos dedicados a Guillermo, también se animó a pronunciar unas palabras.

–Siempre recordaremos este día, es muy emocionante ver aquí reunidas a todas las personas con las que hemos trabajado durante los últimos años. Lamentamos no poder compartir este momento con aquellos que nos fueron dejando a lo largo de todo este tiempo y que nunca pudieron recibir un homenaje, aunque siempre han permanecido en el recuerdo de todos los presentes.

La celebración continuó con la entrega de placas conmemorativas del evento que sus compañeros habían encargado, pero ellos cada vez estaban más distantes de lo que ocurría. Se sentían más próximos al muerto en el funeral que al premiado por los servicios prestados, un abismo les separaba de la fiesta y deseaban que aquello terminara cuanto antes. Ya no se trataba de festejar un homenaje, las placas que les habían entregado eran unos certificados de despido que para siempre les recordarían la imposibilidad de poder realizar un trabajo en la administración.

Por fortuna la celebración fue breve, los funcionarios debían reincorporarse a sus puestos de trabajo y comenzó un lento tránsito en el que volvieron a ser abrazados. Pepe sintió revivir el momento en el que enterraron a su mujer: él deseaba estar solo, pero un continuo desfile de manos le recordaba que la soledad es algo que sólo se tiene cuando no se desea.

Al finalizar la fiesta recuperaron la tranquilidad, sus compañeros y Manuel les habían liberado de la molesta tarea de recoger los vasos y los restos de comida olvidados en la sala. Terminadas sus obligaciones se dedicaron a recoger las escasas pertenencias que todavía guardaban en sus mesas, y las fueron depositando en sus carteras junto a las placas descalificadoras que les habían entregado.

Entre los objetos se encontraban algunas fotos con antiguos compañeros a los que no habían vuelto a ver y unas plumas grabadas con sus nombres que recibieron al cumplir su veinticinco aniversario, y que el paso del tiempo, junto al óxido acumulado en ellas, demostró que no eran de plata como les dijeron en su momento.

Guillermo guardó con mucho cuidado un pisapapeles de mármol que le obsequió un hombre por una gestión que realizó fuera de horario. Se sentía muy orgulloso de aquel pisapapeles, era la prueba evidente de que todo el

mundo no pensaba que los funcionarios eran unos vagos.

Pepe recogió la agenda telefónica que le había regalado su nieta. Cuando se la entregó, le pidió que la llenara con números de gente importante. Esa agenda no tenía anotados más de cuatro o cinco números, pero era una de las más valiosas pertenencias que tenía.

Antes de que se marcharan, se presentó Ángel con una cámara de fotos. Sus compañeros querían tener un último recuerdo de aquellos viejos en el día de su retirada. Manuel, que todavía se encontraba recogiendo los vasos, fue el encargado de hacer las fotos. Posteriormente también se hicieron una foto con Manuel y éste les prometió que la colocaría en un lugar de honor de la cafetería.

Llegaba el momento de partir, se habían terminado todos los actos protocolarios y si permanecían más tiempo, se sentirían como unos intrusos en un mundo ajeno. Ya no eran funcionarios, sólo formaban parte de una reciente historia lejana. Cuando se marcharon, lo hicieron como todo en su vida, despacio y tratando de no llamar la atención.

Al salir del edificio, una hora antes de lo normal y cargados con gran parte de su memoria, se sentían como unos extraños en aquel soleado día otoñal. No estaban acostumbrados a disponer de un tiempo libre que no estuviera previsto de antemano, y una nueva vida llena de incertidumbre se abría ante ellos; no se consideraban viejos, pero esa novedad, en lugar de alentarles, les llenaba de temor.

Tras bajar las escaleras caminaron despacio hasta la parada de autobús, sin atreverse a mirar atrás, la oficina de registro ya pertenecía al pasado. No parecían muy animados para entablar una conversación sobre sus últimas experiencias, y menos sobre el homenaje recibido. La gran dosis de compasión colectiva que acababan de soportar era demasiado grande como para seguir buscando consuelo de alguien que no lo podía ofrecer.

—¿Quedamos esta tarde? —preguntó Pepe, expresando su temor de que la jubilación hubiera sido el inicio de una serie de renunciaciones que solamente terminarían el día de su muerte.

—Sí claro, te espero en mi casa a las seis de la tarde. Hoy es un día como otro cualquiera —Guillermo trataba de mostrar un aplomo que no sentía en su interior.

—¿Tú crees?

Esa simple pregunta hizo derrumbar toda su firmeza, Guillermo sabía que los días ya no serían iguales. Sólo pudo agachar la cabeza y quedarse en silencio.

Pepe entendió que no era el momento de profundizar en sus sentimientos y se alejó caminando hacia la boca de metro, que más que nunca deseaba que fuera boca y le tragara para siempre.



